

al cartón-piedra policromado del Equipo Crónica. Los inusuales elementos, las materias alternativas del lienzo se multiplican: el acero inoxidable de la esfera de Max Bill o el latón pulido de la interesantísima construcción de Palazuelo. El plástico y la madera son las materias más generali-

zadas: la gran pecera de metal-crilato de Mompó, refrescante y casi higiénica, la madera lacada en Gerardo Rueda, Gómez Perales y Gustavo Torner, los artilugios electrónicos con sorpresas musicales en Peter Vogel (auténtico esqueleto transistorizado) y en la esfera táctil de Lujan. Y en

medio de tanta variedad y de tanta coherencia, sólo una ausencia significativa, la de las telas de saco de Manolo Millares.

Hasta aquí la descripción, la enumeración caótica de lo que el espectador puede ver y tocar, algunos de los nombres, más Saura, Chillida, Soto, Le Parc, Vasa-

CULTURA A LA CONTRA

El Lute, al paredón

HAY días en que uno está harto de traidores, de personas que traicionan. Hay días en que uno se levanta de mala leche —todos los días—, o de tan buen café, que no le da miedo a uno contar que está de mala leche. Hay días raros y curiosos; en ellos, no importa nada tirar el futuro por la ventana, insultar al vecino y a su gato, hablar de cosas desagradables. Como, por ejemplo, El Lute. Ese que era uno de nuestros bandidos preferidos, se nos ha vuelto demócrata y de la derecha civilizada; le podemos ver en El Sol por las noches, tomándose una copa y rodeado de tías buenas; y conste que esto no me molesta demasiado —algo de envidia sí que me da: vivir a costa del Estado, y ligar encima...—. Lo que sí me molesta son sus declaraciones: que no permite que se utilice su nombre de una manera pública, que quiere cobrar derechos de autor a los sociólogos que se ocupan de él... Vamos, como si el Seisdedos quisiera cobrar ahora por lo que se dice de él.

Y es que a mí me caía bien ese chico, que me gustaba lo listo que era y cómo había conseguido escaparse de la cárcel. Pero ahora se ha pasado; porque para escaparse ha traicionado a sus compañeros y a todos los que confiábamos en él. Y parece que no se puede ser una figura pública sin caer en esos excesos; y parece que no se puede uno escapar de ninguna cárcel sin traicionar; y no es verdad. Puede uno mantener una postura de perpetua rebeldía, si es que uno ha sido rebelde alguna vez. Desde luego, si lo que se quería era sencillamente vivir bien, pues no vamos a pedir que se mantenga una incómoda postura moral. Pero, en tal caso, tanto me da El Lute como —es un poner— don Juan March; incluso prefiero a este último, que se lo hizo mejor y ganó más millones. Y si te burlas del sistema, burlate bien, no seas esclavo, no te finjas demócrata cuando funciona el rollo ese. Porque podemos empezar a pensar que también te hubieras fingido franquista cuando eso era lo que molaba.

Y es que no se puede —o sí, claro que se puede,

haciendo el tonto—, no se puede ser figura pública y contradecir tanto la propia imagen, o la imagen ajena. Yo pido, por favor, un mínimo de coherencia. Comprendo que El Lute lo ha pasado muy mal en su vida, y que ahora, por fin, lo está pasando muy bien. Entiendo que haya querido dejar esa vida incoherente de fugas y de malestares, de atracos y de huidas, y que haya decidido que la mejor forma de vivir del cuento es escribiéndolo. Entiendo que no es un chico de buena familia, sino que pertenece a una tribu de marginados; tiene, por lo tanto, que hacer lo posible para salir de su desagradabilísima miseria. Lo que no entiendo tanto es que él no me entienda a mí; que no me deje hablar de él sin cobrar derechos, que no acepte que se le juzgue, no como a una persona, sino como a un fenómeno social. Y los fenómenos sociales no tienen por qué protestar si se utiliza su imagen en público. Ese chico —es un decir, porque ya está un poco tarra, el pobre— cobra porque Boney M. utilizan su nombre en un disco; vive en una pensión estatal —llamar-



Eleuterio Sánchez.

le cárcel a eso es pasarse— donde le dejan salir por las noches para tomarse unas copas, y no paga esa pensión —la pagamos nosotros, los que cotizamos en la oficina de impuestos—, y encima se queja y pide un indulto. Yo no lo haría; yo pienso que, en este momento, El Lute goza de más libertad que yo.

Bueno, y ya está bien de hablar de falsos marginados; entre El Lute y la Joven Guardia Roja me tienen aburridísimo. Son la falsa izquierda, los oportunistas que se aprovechan de un cambio de apariencias de una dictadura que sigue siendo la misma, pero con otro disfraz. Les pegan, pero no les pegan; les maltratan, pero pueden hacer lo que les dé la gana. Y yo me alegro de ello; lo que me molesta es que utilicen tan mal su recién adquirida libertad. Marginado, y en mi rincón, me conduelo. Me conduelo con mis compañeros, que se sienten tan traicionados como yo. Por algo será. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Escultura de Alfaro.

rely, Agam, Ferreras, Gordillo y un larguísimo eco. Y un aparte para un par de piezas muy singulares: un "collage" de Schwitters y una caja de Jesse Fernández. Y ahora una conclusión: con imaginación y medios para cumplir sus deseos, se pueden hacer exposiciones realmente excitantes y a la vez didácticas, en el que la selección de los nombres no siempre está guiada por la estelaridad de los artistas, sino también en función de un espacio total en el que pueden confluír y complementarse con avidez los estilos más distintos. No estamos ante una colectiva más, sino ante una exposición coherente pensada para despertar en el espectador todas las variantes latentes en el arte moderno, que superan los límites del lienzo y describen todas las parábolas de la libertad. La visita queda encarecidamente recomendada y es posible hasta finales del año.

(Galería Theo. Marqués de la Ensenada, 2. Madrid-4, y Galería Gellini. Bárbara de Braganza, 8. Madrid-4.) ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.

MUSICA

Gwendal, Labanda: ¡Qué verde era mi valle!

LA nueva aparición del grupo francés Gwendal en Madrid estuvo marcada por el sello del equívoco, y, como consecuencia, en cierta forma, de la decepción. En efecto, el camino emprendido

por el sexteto, supuesto representante hasta ahora de la llamada "música celta", al lado (o por debajo) del bretón Alan Stivell, es un camino hoy día un tanto desdibujado por la hibridez de sus múltiples componentes, que no acaban de perfilar una salida coherente y, sobre todo, de tanta belleza y pulcritud como los antecedentes de los que proceden.

En los últimos años sesenta, los primeros indicios de una recuperación de ciertas formas de música tradicional y de las "nacionalidades" de diversos Estados (España, Francia, Inglaterra, Italia...) dieron como resultado la aparición de movimientos sonoros conectados con el "folk" o folklore de sus respectivas comunidades. Entre esas tendencias musicales, el "sonido celta" ha sido una de las más afortunadas de cara al éxito multitudinario. Los países de cultura y ascendencia celta (la Bretaña francesa, el Gales y la Escocia británicas, la Galicia española, la Irlanda y otras islas próximas, como las Hébridas y la de Man) poseían (y poseen) un folklore sonoro tan extenso como hermoso, tan ancestral como bucólico. De ahí que también este movimiento artístico haya venido, en los últimos tiempos, unido a las reivindicaciones ecologistas.

Pero la década finaliza, y grupos como Gwendal parece que no están muy convencidos de que esa siga siendo su senda. Por lo visto y oído la pasada semana en sus recitales madrileños —repletos de un público receptivo y quizá demasiado entusiasta—, el grupo francés busca unos derroteros más urbanos que rurales (por entendernos) para sus nuevas pesquisas. Pero el problema no es tanto esa factible y legítima búsqueda, ese cruce de caminos posibles y complementarios en

cierta medida, cuanto que esa vía emprendida no da los resultados apetecibles, y es harto dudoso de que los proporcione alguna vez. Porque el problema es que Gwendal repiten ahora, una y otra vez, el mismo esquema estructural en todos sus temas: un inicio suave, inspirado o tomado directamente de una música tradicional, para ir sucesivamente "in crescendo" en función de posibilitar la entrada y/o improvisación de los elementos "rockeros" o "jazzísticos", esto es, la guitarra eléctrica, y, sobre todo, las flautas y los saxos. Los temas alcanzan un "climax" sonoro, no siempre limpio y diáfano, sino habitualmente embarullado y supermarchoso, con lo que una fácil audiencia, que piensa en el baile por encima de todo, se siente satisfecha.

El resultado final, como decimos, es que queda poco de la "música celta", y mucho menos del legendario folk del mismo origen. Y que se gana un conjunto más, del montón, lanzado por la vía de las concesiones. No todo fue malo, no obstante, en su actuación: ciertos aromas, extraídos de la enseñanza de Steeleye Span (¡ése sí que era un conjunto "folkie"!), o la experimentación de un "reggae celta", nos recordaron a los antiguos Gwendal, directos, frescos, innovadores de verdad...

Pero no todo fueron decepciones y pérdidas: la presentación del septeto madrileño Labanda estuvo, por el contrario, marcada por el signo de la esperanza. Un brillante sonido, una buena concepción sonora, una notable colección de instrumentistas dignos, dan como resultado el primer grupo español de sonido celta. Siendo sus componentes madrileños, fundamentalmente, no deja de ser otra paradoja. ■ ALVARO FEITO.

Labanda.



LA PREPARACION AL PARTO, O LA MATERNIDAD RESPONSABLE

CADA vez es mayor el número de tocólogos que recomiendan a sus pacientes asistir a un curso de preparación al parto. Incluso la Seguridad Social los imparte gratuitamente en varios centros, como La Paz, o el Francisco Franco de Madrid. Los objetivos están dirigidos al padre y a la madre futuros, pues si los dos son responsables del hijo, deben prepararse al parto, saber colaborar con el médico, cada uno en su medida. La educación maternal ayuda a eliminar el miedo de la embarazada, y le proporciona, aparte de los conocimientos necesarios sobre el desarrollo del parto, dos armas fundamentales: la relajación y la respiración controlada; con ello favorecerá el nacimiento del niño en menos tiempo y, en la mayoría de los casos, sin necesidad de anestesia.

El doctor Aguirre de Cárcer fue, en 1955, el introductor en nuestro país de estas nuevas técnicas, a nivel de clínica privada. Diez años después, la Seguridad Social adoptó, bajo su dirección, la implantación de los mismos cursos como algo necesario y gratuito. Y desde entonces hasta ahora el temario se ha ido completando con estudios del comportamiento de la mujer, de la sensación dolorosa, con técnicas de sofrología obstétrica, etc. Hay que hacer una aclaración en cuanto al llamado "parto sin dolor": quienes acuden a los cursos han de saber que su significado se centra en conseguir un

parto lo más natural posible, sin anestésicos innecesarios —que pueden poner en peligro la vida del niño— y con la colaboración activa de la madre. Aguirre de Cárcer estudia dos aspectos: el teórico —saber qué sucede y cómo— y el práctico, haciendo que la gestante realice una gimnasia de preparación de los músculos activos en el momento del parto, y que aprenda las ya mencionadas técnicas de relajación y respiración. Todo ello conduce a una disminución del dolor, a saber valorarlo y afrontarlo con una actitud positiva. El primer paso se dio el día que se quitó de los paritorios españoles el cartel de "sala de dolores", que inevitablemente leían todas las mujeres. Ya la condenación bíblica y la tradición han hecho bastante daño en este sentido. Como ha sido norma habitual asustar a las embarazadas, describiendo "agudos e insoportables dolores soportados durante días y días". No se trata de negar la existencia del dolor, pero las encuestas que realiza constantemente Aguirre de Cárcer recogen un hecho importante, y es que la mayoría los considera perfectamente soportables. Es verdad que hasta el siglo presente la mujer y el niño arriesgaban su vida en el parto y tras él. Pero también es cierto que ese ya no es el único momento de protagonismo en la vida de la mujer, y no es necesario adornarlo con más "angustias y dolores" de los que supone en realidad. ■